

LOS PANEGIRISTAS: INFLUENCIA Y PERSUASIÓN EN LA ROMA IMPERIAL

Omar Guerrero¹

Resumen

En este trabajo se hace una revaloración del discurso político conocido como panegírico, a través de la consideración de su origen y sus usos en la Roma imperial. Se destacan las características de los panegiristas como intelectuales comunicadores educados en la filosofía y la retórica, que usaban el discurso para elogiar (que no adular) las cualidades y las ideas de los gobernantes, principalmente con la intención de influir en ellos, asumiendo de facto el papel de representantes de la ciudad. A partir de un análisis histórico del entorno de los panegiristas, se revisa el significado y la estructura de su discurso y se revalora su oficio, que era realizado con base en sus convicciones personales, y se distingue al panegírico de los simples escritos sobre la realeza o sobre los gobernantes. Así, una versión actual de los panegiristas coincide con los ensayistas o con los editorialistas de prensa, y no tanto con los propagandistas políticos.

Palabras clave: Discurso político, panegiristas, Roma imperial, comunicación política, retórica.

Abstract

In this paper, there is a revaluation of the political discourse known as *panegyric*, through the consideration of its origin and its uses in imperial Rome. It highlights the characteristics of panegyrists as intellectual communicators, educated in the realms of philosophy and rethorics, who used the discourse to praise the ideas and qualifications of rulers, mainly with the intention to influence their actions, and in so doing, assuming, in fact, the role of the city's representatives. The structure and meaning of the *panegyric* is evaluated through the historical analysis of the environment of panegyrists, whose trade is revaluated, as it was performed on the basis of their own personal beliefs. Also, the *panegyric* is considered as different from the simple writings about the royalty or about the rulers. Thus, a present-day vision of the work of panegyrists would coincide more with press editorials, and not so much with political propaganda.

¹ Profesor investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III.

Key words: Political discourse, panegyrists, imperial Rome, political communication, rethorics.

I. INTRODUCCIÓN

En el vasto universo de la cultura política desarrollada en Grecia y Roma, despunta un personaje cuyo carácter consistió en el ejercicio de la profesión de orador. Generalmente egresado de escuelas de retórica, o de fungir como profesor y practicante, el *rétor* se definió por su actividad: escribir y declamar discursos. Es, igualmente, un primer ejemplar emblemático del intelectual, que ligado a la vida cívica que le brinda la *polis* griega y la *urbis* romana, dedica su tiempo al uso de la pluma y el ejercicio de la voz. Le distingue, en suma, que su labor se realiza a la luz del día, ante el público, no tanto en los recónditos salones del palacio.

En efecto, el elogio del príncipe era una práctica habitual y obligada en el Imperio romano desde época augustea. Ciertamente, el emperador podía ser alabado con la dedicatoria de inscripciones públicas, así como con versos o discursos. Fue Horacio quien estableció la regla retórica latina del encomio en verso, mientras que Plinio lo creó en prosa con la acción de gracias *gratiarum actio* dedicada a Trajano (Moreno, 2013: 83-84). Así, al enaltecer al emperador, el autor de la oración expone los principios ideológicos del principado y su adhesión a ellos.

Hay que explicar que el elogio de los panegiristas dista de la adulación. A este respecto, Sinesio advierte al rey que se debe vigilar atentamente y con todas las armas existentes en palacio, para evitar que, "...sin darnos cuenta, penetre subrepticamente la adulación disfrazada con la máscara de la amistad. Ella es la única capaz, incluso velando los centinelas, de practicar el pillaje dentro de la soberanía". Si no se le mantiene lejos, la adulación suele introducirse en los lugares más recónditos y poner mano en lo más valioso que el rey posee: "su propia alma". El afecto del rey a sus compañeros es una de sus grandes virtudes (Sinesio, 1993: 127).

El caso de la relación entre Libanio y el emperador Juliano (361-363), también es ejemplar en ese punto. Cuando Constancio II murió en el año 361, Juliano fue proclamado emperador. Entonces, reclutó como colaboradores a los intelectuales destacados en esa época. Pero, al parecer, no incluyó a Libanio. Ello no impidió que el gran *rétor* patentizara su lealtad al nuevo régimen en el año 362. Pero tampoco en esta ocasión parece que Libanio recibiera una invitación para

unirse a la corte (González, 2001: 14-15, 16). Desde el principio, Libanio adoptó una postura ambigua ante el nuevo régimen. Por un lado, mantuvo una actitud decorosa y alejada de la adulación al nuevo emperador, pero ciertamente deseaba ocupar un cargo prominente en el gobierno. En ello obrará el hecho de que Juliano se había propuesto la restauración del culto pagano. De modo que, cuando Libanio pronuncia su oración de bienvenida a Juliano (Libanio, 2001c: 105-128), reclama su nombramiento como “panegirista oficial” del régimen imperial. Sin embargo, Libanio se abstuvo siempre de formar parte del grupo de aduladores alrededor de Juliano, lo que quizá incomodaba al emperador. Finalmente, Libanio alcanzó al poco tiempo ese cargo y como tal, le fue encargado el discurso para conmemorar el consulado de Juliano, en el año de 363. Para tal efecto, tuvo acceso a documentos oficiales y a la información que el propio emperador le entregó.

El objeto de su palabra, declamada en la plaza pública y en la ceremonia de la corte, es influir doblemente en el emperador y en la audiencia. Para tal efecto, persuade y disuade, y puede acomodarse muy bien al desempeño de la función de propagador de la doctrina oficial y de las políticas cortesanas. Su influencia se acrecienta a través de su labor oratoria, con la cual adquiere lo que Harold Lasswell clasifica como el respeto, los ingresos y la seguridad. Es un propagador, pero no un propagandista, porque generalmente es parte de las clases educadas de las ciudades, pero no siempre un servidor público que aboga por la política imperial. Le distingue ser un propagador con convicciones, y suele ocurrir que el panegirista sea persona respetada y de elevado prestigio. Es, en concepto de Antonio Gramsci, un intelectual orgánico surgido dentro de la evolución de la Roma imperial, para desempeñar labores propiamente intelectuales que le reclama la sociedad. Por ello se le encuentra en la plaza y en el salón de audiencias del palacio, dedicado a declamar sus discursos, representando a la ciudad que le confía persuadir al soberano a favor de tal o cual obra beneficiosa.

Para ejercitar la persuasión utiliza el elogio, más no la adulación, porque en su labor emplea un tipo de razonamiento sistematizado en manuales y guías, los cuales invitan a la ponderación y el entendimiento. El éxito de su tarea radica en su capacidad de influir mediante la persuasión y no a través del ardor de la alabanza y la salamería.

El panegírico toma su nombre de las fiestas religiosas (*panegýria*) celebradas al concluir los juegos de Olimpia, en las que los discursos son escuchados por grandes auditorios. Desde finales del siglo V A.C., se fue estableciendo la costumbre de recitar estas alocuciones que tenían un carácter político. La denominación “panegírico” es desarrollada por Isócrates (436-338 A.C), cuando se

propuso definir al encomio en el discurso que lleva ese título (Isócrates, 1979a: 305). El panegírico de Isócrates es su primera obra-oración con un propósito de propaganda política. Sin, embargo, más bien Isócrates desarrolla la idea en su oración a Evágoras (Isócrates, 1979b). Desde entonces, la estructura de los panegíricos ha conservado en lo general el formato que le brindó el gran orador ateniense.

II. EL INTELLECTUAL

Dentro de los estudios políticos, el tema de los intelectuales en la política es uno de los más relevantes y de interés general. Por cuanto a la administración pública, su relación con el intelectual es también de gran importancia y ha inspirado los análisis de la burocracia y la tecnocracia, así como el papel de los gerentes en la sociedad industrial. La relación entre el saber y el poder fue explorado de antiguo, pues esta vinculación ha sido central en el pensamiento griego clásico. Platón y Aristóteles le dedicaron muchas páginas de reflexión. Sin embargo, merced a la imposibilidad de transferir los caracteres peculiares de la problemática del intelectual de hoy en día, a etapas históricas precedentes, ha motivado que entre los tratadistas, como María José Hidalgo, se use el término “intelectual” en un sentido amplio y más bien convencional.

En contraste con muchos estudios de la actualidad, en los cuales se analizan las diversas figuras del intelectual en forma singular y autónoma, aisladas del contexto, la índole “incorporada” del intelectual del pasado dentro de organizaciones ofrece un elemento integrado en el modelo organizativo que ofrece el mundo romano como producto de su cultura, donde existieron muchas estructuras administrativas. Más bien se debe destacar el aspecto concreto de su relación con la sociedad en la que está inmerso el intelectual, así como con el poder, adquiriendo la dimensión social que es más interesante dentro de su gran pluralidad y complejidad (Hidalgo, 1995: 20-21). Ello obedece a que, de manera singular y trascendente, el intelectual es un mediador entre la producción cultural y la sociedad, así como un organizador de la cultura y del consenso. Como lo asegura Hidalgo, de lo dicho resalta que es imperativo establecer la naturaleza y función del hombre de cultura, y el significado de la actividad intelectual en el Imperio romano, así como “analizar las construcciones teóricas que elaboraron sobre la “realeza” (*basileía*) y sus fundamentos ideológicos”.

II.1. Significado

En la antigüedad, el término “intelectual” se aplicaba a un sector minoritario de hombres de un origen social elevado, que frecuentaban las escuelas de retórica y de filosofía, al tiempo que poseían unas cualidades indispensables para la comunicación tanto literaria como oratoria, de cara a su influencia hegemónica en la sociedad. En 1849 se comenzó a usar el término “Intelligenz” en las discusiones del parlamento austríaco, para denotar a un grupo social, distinto del resto de la sociedad merced a su educación. Ésta es la acepción que hoy en día, *mutatis mutandi*, se aplica al intelectual. Por su parte, para explicar razonadamente la posición y la función del intelectual en el Imperio romano, se requiere hacer una exposición sobre el contenido histórico y conceptual que esta categoría tiene. De aquí que sea necesario dar énfasis a su hegemonía cultural, del mismo modo que es un espejo social y una mediación entre la cultura y el poder. Porque el intelectual es “un propagador de los proyectos programáticos del Estado, que difundía por medio de la escritura y de la palabra” (Hidalgo, 1995: 49). Sin embargo, es cierto que al mismo tiempo, en la medida en que se desarrollaba el Imperio, los intelectuales ocupaban espacios de autonomía ante el poder político y sus trabajos iban asumiendo un valor universal. Hay que dar énfasis al término “propagador”, como diferente de “propagandista”, porque existe una encendida discusión entre los autores acerca del papel jugado por los panegiristas en uno y otro sentido.

El pensamiento político en la antigüedad siempre estuvo ocupado por el problema de la justificación del gobierno, y naturalmente su agenda de análisis gravita en torno al poder, el reino, el buen gobierno y la relación de los intelectuales con el propio poder (Hidalgo, 1995: 50). El término “realeza”, *basileía*, consiste en un campo de estudio de gran desarrollo en la cultura grecolatina que fue cultivado por largo tiempo y por muchos autores. Ella significa el tratamiento teórico de la figura del emperador, el *basileus*, así como de sus poderes y sus obligaciones sociales. Una modalidad de la literatura producida sobre la realeza se llama *Peri Basileias*, ámbito del saber donde destacan eminentemente los cuatro discursos sobre la realeza preparados por Dión de Prusa (Dión de Prusa, 1988), declamados entre los años 100 y 104 D.C. Particularmente intenso fue el cultivo de la realeza en la época de las monarquías helenísticas, toda vez que estos campos de interés fueron heredados por Roma, la cual, al erigirse en Imperio universal, intentó formular una serie de propuestas autónomas. Algunos de los primeros estudios sobre la realeza se deben a Ecfante, Diotégenes y Sthénidas, de cuyos textos sólo se conservan breves pasajes. El objeto de estudio de este campo del saber consiste en exponer los méritos ideales de la realeza (Delatte, 1942: 5-6, 102).

Hay otra modalidad, con la cual no se debe confundir la primera, cuya literatura está reunida bajo el nombre de *Basilikós Lógos* y que es propiamente la relativa a los elogios. En realidad, ambas son ramas del mismo tronco, toda vez que existen textos que contienen las dos materias, como Temistio (317-287) y Juliano (330-363). Un panegírico, en suma, es un texto dentro de la categoría *Basilikós Lógos*, porque es un encomio, pero también puede contener textos de *Peri Basileias*. Principalmente en Grecia es común que el mismo orador tenga en su haber una y otra modalidad discursiva, si bien es cierto que la mayor parte de los panegíricos son encomios, no tratados de la realeza.

Como es observable, los panegiristas son intelectuales. Una de las conceptualizaciones más desarrolladas del papel del intelectual en la sociedad, considerando sus diversos aspectos organizativos, fue realizada por Antonio Gramsci cuando definió al “intelectual orgánico”.

II.2. Los Intelectuales Orgánicos

En una colección de escritos publicados originalmente en Roma, Antonio Gramsci desarrolla algunas tesis sobre la “formación de los intelectuales” -título que se le dio en español-, donde destaca el concepto de “intelectual orgánico”. En sus páginas, Gramsci se pregunta si los intelectuales constituyen un grupo social autónomo e independiente, o bien, si todos los grupos sociales tienen sus propias categorías de intelectuales especializados, según la índole del grupo (Gramsci, 1967: 21). De suyo, él acepta que el problema es complejo merced a las diversas formas asumidas por el proceso histórico de la formación de las diversas categorías intelectuales. Hay dos categorías de este personaje.

El primer tipo obedece al hecho de que todo grupo social, que surge con base original en una función esencial en el ámbito de la producción económica, establece en paralelo, “orgánicamente”, uno o varios tipos de intelectuales que le dan homogeneidad en los campos económico, social y político. Gramsci ejemplifica con el empresario capitalista, quien crea consigo al técnico industrial, al experto en economía política y al organizador de una nueva cultura. Pero explica que también el empresario representa un “producto social superior” caracterizado por la capacidad dirigente y técnica, por cuanto que es un intelectual. De modo que, además de su actividad e iniciativa, debe poseer conocimientos técnicos en la producción económica, ser un organizador de masas e inspirador de la “confianza” de los inversionistas en su administración. Este tipo de personaje tiene, igualmente, la cualidad para seleccionar a encargados y empleados especializados, en quienes confiar la actividad organizadora de la administración. “Se puede observar

que las actividades de los intelectuales 'orgánicos' que toda clase nueva establece consigo y que forma a lo largo de su desarrollo progresivo son, por lo demás, 'especializaciones' de los aspectos parciales de la actividad primaria del nuevo tipo social surgido de la nueva clase". (Gramsci, 1967: 22).

Hay una segunda categoría. Ella se origina en que en su historia, todo grupo social que brota como expresión de la nueva estructura emergente, suele encontrar categorías intelectuales preexistentes, cuyo carácter es representar una continuidad histórica ininterrumpida, a pesar de las más radicales transformaciones de las organizaciones sociales y políticas. La más típica categoría de intelectuales de este tipo son los eclesiásticos, que monopolizaron por mucho tiempo algunas actividades como la filosofía y la ciencia, además de la enseñanza. Sin embargo, el monopolio de la "supra-estructura" por parte de los eclesiásticos, no era ajeno a polémicas y limitaciones, motivo por el cual surgieron otras organizaciones para el estudio y nuevas categorías más adecuadas para reforzar el poder central del monarca. Así comienza a formarse la aristocracia de toga [juristas y abogados], dotados con sus propios privilegios y jerarquías de administradores, científicos, teóricos y filósofos (Gramsci, 1967: 24). En Europa occidental, la secularización de las habilidades intelectuales fue progresando paulatinamente a lo largo de varios siglos. Destaca el caso de los mercaderes de la Liga Hanseática, que se liberaron del estamento clerical estableciendo escuelas municipales para su propia formación. No menos relevante es el desarrollo de la contabilidad en las ciudades-Estado italianas, que proporcionó ocupación a intelectuales seculares (Lasswell, 1974: 384). Incluso, el prestigio alcanzado por la sabiduría griega y musulmana durante el Renacimiento, propició un estilo de personalidad para los ricos mercaderes que fungieron como mecenas de hombres de letras, para que los ilustraran y los encomiaran.

Gramsci no considera una tercera categoría de intelectual orgánico, incorporada más recientemente al ámbito de sus ideas: el panegirista de la época del Imperio romano, que ya estaba en acción desde los tiempos de la Grecia clásica.

III. LA INFLUENCIA

La modalidad del poder que el intelectual desea ejercitar no es el mando directo, sino la influencia. El propósito de su labor es ante todo lograr la confianza del

soberano. El intelectual en el Imperio romano es un persuasor, tanto del monarca, como de una diversidad de auditorios.

El intelectual desea influir en los gobernantes, como es observable en los panegiristas. Jean Meynaud ha definido el término con gran precisión: es “la facultad de que disponen los unos de llevar a los otros a actuar, pensar y sentir en un sentido particular o según una inspiración determinada” (Meynaud, 1964: 15-16). Esta aptitud, que es observable hoy en día entre los técnicos y otros profesionales, así como antaño entre los panegiristas, implica cierto dominio sobre los políticos a cuyo cargo está la conducción de los negocios públicos. Tal influencia es, de tal modo, una capacidad que facilita a los primeros el orientar los comportamientos adoptados y las decisiones tomadas por los segundos. Como lo apunta Meynaud, la influencia implica un poder ascendente fundado en el prestigio y el crédito con base en la posesión del conocimiento o, “en sentido más amplio, de un *savoir-faire* [saber hacer]”.²

Esta interpretación de la política sirvió de inspiración a una de las obras clásicas sobre el tema, donde Harold Lasswell se propuso explorar la actitud de trabajo de los políticos profesionales. Hay que destacar que esta versión de la política no es nueva para los estudiosos del desarrollo social, si bien ha tendido a pasar a un segundo plano, del cual aquí también se trata rescatarla. En efecto, “una habilidad del político radica en calcular los cambios probables en la influencia y en los influyentes” (Lasswell, 1936: 1, 295). Así, se puede afirmar que el estudio de la política consiste en el análisis de la influencia y de los influyentes. Lasswell apunta que los influyentes son las personas que obtienen la mayor participación en los valores disponibles, que se pueden clasificar en respeto, ingresos y seguridad.

El panegirista tiene una ocupación única o preferente: el ejercicio de la retórica en la plaza pública, pero su foro principal es la ceremonia oficial, cuando declama ante el emperador, el senado o algún personaje de elevado rango. Allí ejercita la influencia, pues su objeto es persuadir al basilio y al auditorio. El panegirista es un actor en la vida política, pues como lo enuncia el título del libro de Lasswell, la política trata de “quién obtiene qué, cuándo y cómo”. Es entonces que “fabrica” con palabras su discurso, en tanto que la política es el arte de hacer las cosas con las palabras (Majone, 1989: 7-8). El aprendizaje de la retórica, del que

² Maynaud utiliza “saber hacer” en el sentido moderno que le imprime el lenguaje industrial, como *know-how* en inglés. Consiste en el dominio de una técnica de fabricación de un producto, o bien, de la prestación de un servicio que traspasa a otra industria menos desarrollada (Nota del traductor, José Blasco. Meynaud, 1968: 22).

proviene el dominio de su materia, procede del aula y de los tratados teóricos, pero también de manuales aplicados como los de Menandro (Menandro El Rétor, 1996), pues no es sólo una disciplina de altos vuelos, sino también un arte aplicado.

Por lo general, el intelecto del panegirista marcha en la línea del saber que se puede divulgar entre los grandes públicos, pues su retórica es la epidíctica. Es cierto que entre los encomiastas hubo hombres de gran sabiduría, como Temistio o Sinesio (373-414 D C), y que en su obra destaca una labor filosófica profunda y que, incluso, ello es perceptible también en los discursos de los oradores griegos repletos de conocimiento. Sin embargo, atendiendo la clasificación de Lasswell entre “sistemáticos” e “impresionistas”, los panegiristas como tales tenderían a situarse más en la segunda categoría. Los sistematizadores se mueven constantemente hacia una estructura complicada y lógicamente coherente, mientras que los impresionistas desean menor rigidez formal. De aquí que en el primer grupo figuran quienes producen tratados, mientras que en el segundo se encuentran el ensayista, el conferenciante popular, el charlista, el editorialista de prensa. De manera que, “en periodos de tensión, emergen oportunidades de ascendencia a quienes saben utilizar un medio para provocar las emociones de las masas” (Lasswell, 1974: 383). Lasswell asegura que, quienes son capaces de dominar los medios impresionistas, suelen abandonar la preparación de tratados para dedicarse a la literatura panfletaria y la oratoria. Sin embargo, los *réttores* griegos tendieron más a ocupar un término medio, donde como sistematizadores e impresionistas convivieron y supieron acomodar ambas categorías.

IV. PANEGÍRICOS Y PANEGIRISTAS

La retórica tiene tres modalidades claramente diferenciadas, según la tripartición aristotélica, donde el estilo epidíctico corresponde al discurso en la plaza pública o en los salones de la corte (Aristóteles, (2010: 13). El Estagirita también trató a los discursos judicial y deliberativo, el primero propio de los tribunales, el segundo inherente a los consejos de Estado. El panegírico se desenvuelve como la quintaescencia del discurso retórico del género epidíctico.

IV.1. Los *Basilikós Lógos*

Los panegíricos de Temistio gozan del prestigio de ser el mejor ejemplo, en la lengua griega, de la pervivencia de una retórica basada en el género epidíctico. Este

hecho significativo ocurre en un contexto desprovisto de libertades, donde las asambleas locales y los senados en ambas capitales imperiales, Roma y Constantinopla, sólo fungen como meros consejos consultivos del soberano. Las dieciocho piezas oratorias de Temistio llamadas “discursos políticos”, son ejemplares del encomio formalizado en la época imperial con el nombre de *basilikós lógos*. El *rétor* Menandro, quien redactó una guía práctica con ese título (Menandro, 1996: 148-264), en su capítulo sobre retórica epidíctica evidencia que se apoyó en una producción oratoria precedente, donde destaca el gran discurso atribuido a Arístides titulado *Sobre la realeza* (Jones, 1997: 149-152), así como los panegíricos de Dión de Prusa dedicados al emperador Trajano (Ritoré, 2000: 56). Sin embargo, como la marcha de la oratoria epidíctica fue ascendente, la nueva época fue mejor ilustrada en el siglo IV por los panegíricos de Temistio y Juliano. Estas composiciones retóricas, a pesar de que se redactaron durante el régimen del Dominado (235-476 D.C.), se mantienen lejos del esquematismo y la formalización que exigirá el nuevo ceremonial cortesano.

También se ha destacado que los discursos políticos de Temistio ocupan una posición singular en la historia del *basilikós lógos*, no sólo por su crecido número de 19 textos, sino por su calidad literaria. Por cuanto a su cantidad, ni Juliano ni Sinesio lograron igualarlo. No obstante, sin desdeñar tan evidente mérito de Temistio, la singularidad de sus discursos radica sobre todo en su contenido y estructura, pues él dio una nueva configuración al *Basilokós Lógos* que se aparta del modelo elaborado por Menandro. A diferencia de sus contemporáneos, Temistio se aleja de la preceptiva usual de ese género, que estaba organizado en secciones dedicadas a la región natal del monarca, su nacimiento, familia, crianza y educación (Ritoré, 2000: 57-58). También se consideraban sus acciones en la paz y la guerra, de las cuales emanan sus virtudes, así como la comparación del soberano con el reinado de los predecesores. Más bien, los encomios de Temistio se centran en temas filosóficos, toda vez que, en lugar de extraer consecuencias abstractas de las acciones del emperador como exige la preceptiva señalada, él presenta al emperador desde el inicio del discurso como paradigma incuestionable de excelencia por cuanto virtud, de un modo semejante a como lo desarrolló Eusebio de Cesarea (263-339 d. C.).

El desarrollo de los panegíricos tiene una estrecha relación con la retórica, y ésta con la sofística. La irrupción de los sofistas en las ciudades griegas en el siglo V, fue el hecho que motivó que el término “sofista” adquiriera un significado más preciso. En efecto, en ese siglo el sofista se convierte en un profesional de la enseñanza, caracterizado por desarrollar programas de enseñanza y por cobrar

honorarios por su labor decente. El término “sofista”, en griego “sophistés”, envuelve uno de los ámbitos semánticos que son emblemáticos de la cultura griega, pues su contenido “es la ‘sabiduría’ (*sophía*), su agente, el ‘sabio’ (*sophós*), y su instrumento, entre otros, el ‘sofisma’ (*sóphisma*)”. En suma, el verbo “sophízesthai”, del que deriva “sophistés”, significa “ejercitar la sabiduría” (Solana, 2013:15, 45, 24). Los sofistas estuvieron arraigados en la *polis*, un escenario fundado en los valores políticos y el lenguaje, particularmente la gramática y la lógica, pero fue fundamentalmente la retórica su oficio principal. De modo que es el ágora donde los sofistas ofrecen su visión del mundo, además del aula y la corte, y así lo transmiten a la posteridad en forma de panegíricos y otras formas de expresión.

Dión de Prusa es el modelo literario de Temistio de la sofística, tanto en lo referente al desarrollo filosófico sobre el soberano ideal, como en la mayoría de los motivos que lo mueven. Por consiguiente, tanto en este punto como en la reivindicación del género epidíctico en la filosofía entendida como práctica política, Temistio es un heredero genuino de la segunda sofística. Estamos, consecuentemente, en una época en la cual renace el “derecho de aviso”, a saber: “el viejo modelo retórico de la época de los Antoninos revive dentro de la nueva estructura imperial, ahora a través de un orador que funda en su condición de filósofo el privilegio de dirigirse con libertad al emperador, para recordarle sus obligaciones y remitirle, por la vía indirecta del elogio y la referencia a valores universales, determinados mensajes de vigencia política inmediata”. (Ritoré, 2000: 58-59).

La influencia es una modalidad del poder muy sutil que dominan sólo los grandes panegiristas, como Temistio, como puede constatarse en su oración a “Constancio”, también titulada “Sobre la humanidad”. En esa ocasión, año 347 o 353 D.C., Temistio por primera vez se presenta ante el emperador Constancio para pronunciar un discurso que lo “alaba con franqueza y sinceridad, y no va consentir que se le escape la menor frase de la que no pueda responder ante la filosofía” (Temistio, 2000: 107-108). De aquí en adelante, Temistio se limitará a encomiar lo que le causa admiración, que es solamente la virtud del alma del emperador. Este es su concepto del encomio, mientras que otros oradores dedican más atención a la extensión del imperio, el número de los súbditos, los hoplitas, la caballería, la abundancia de recursos, las defensas del ejército y “los estandartes de finas telas enarbolados en astas doradas y henchidos y batidos por el viento”. Los más perspicaces entre los encomiastas se acercan al basilio aludiendo la corona, el manto, el cinturón y la túnica. Otros, en fin, describen su danza guerrera, sus saltos

ágiles con la armadura y sus tentativas con el caballo. En fin, alaban su cuerpo preparado para las fatigas. La manufactura del elogio, como es observable, es ciertamente compleja.

Temistio, citando a Platón, alega que los panegiristas corrientes ignoran que todo soberano tiene escasa capacidad en sus manos y su cuerpo para conservar el gobierno, si se compara con el vigor de su mente. De modo que sólo aquel encomiasta que puede reconocer ese vigor, estará capacitado para “identificar al verdadero monarca y admirar tu persona, no tus posesiones” (Temistio, 2000: 107-108). El que los panegiristas corrientes procedan como lo hacen, obedece a que les ocurre algo natural, ya que el alma es una realidad menos visible que el cuerpo, y los ojos pueden ver este último de un modo inmediato, en tanto que a aquella otra no. Como lo explica Temistio, todo lo que rodea exteriormente al príncipe, que es variado y placentero ante los ojos, desvía la mirada de lo que alberga en su interior; “del mismo modo que el pórtico de un templo sagrado, trabajado con lujosa piedra y con pinturas, al distraer a los visitantes y reclamar su atención, impide a menudo la visita del santuario”. Por ello, el hombre serio se apresura a penetrar en su interior, mientras que la multitud permanece afuera impresionada por el ornato que rodea al templo.

El panegirista, entonces, debe esforzarse por conquistar la mente del soberano, con su propia mente. En efecto, como lo explica Peter Brown, “la persuasión se convirtió en parte del lenguaje viviente en la política de la Roma tardía”. Sin embargo, no fue observada simplemente como un logro literario, ni desplegada solamente como un modo de dirigir palabras solemnes en las ceremonias (Brown, 1992: 31, 48). Alabar las virtudes del emperador con un encomio, al igual que vilipendiar a sus adversarios, era una práctica necesaria para el ciudadano con aspiraciones políticas (Moreno, 2013: 83-84).

IV.2. El Discurso

El discurso es el vehículo de la persuasión, que igualmente conlleva a la influencia. Pero el discurso no es un ejercicio que se pueda dejar a la improvisación, pues suele implicar reglas de estructuración y operación precisas. Si bien es cierto que hubo *rétorés* que fueron maestros es el discurso improvisado, como Gorgias y Esquines, la norma fue la hechura de una oración con bases estrictas dictadas por la retórica como disciplina de elaboración cuidadosa. Incluso, Esquines, tan diestro en el ejercicio de la oratoria, cuando impartió cursos sobre oratoria en Rodas, su metodología fue más práctica, que apegada a los principios del arte retórico (Lucas de Dios, 2002: 63-65).

Lo antedicho es visible emblemáticamente en los discursos de Juliano, antes y cuando fue emperador, e incluso asistió a las lecciones de Libanio (314-394 D.C.). Juliano dedica una larga alocución a la hechura precisa de un discurso (Juliano, 2002:11-67). En efecto, en esa pieza retórica, Juliano hace saber a Constancio que deseaba desde tiempo atrás cantar sobre su virtud y sus hazañas, así como enumerar sus combates triunfales. También se había propuesto tratar sobre cómo el soberano derribó las tiranías, una vez atrayendo a los pretorianos mediante la persuasión, otra imponiéndose con las armas. Sin embargo, la magnitud de las hazañas del emperador se lo impidió, no por temer a que los hechos quedaran reducidos por las palabras, sino por no dejar la impresión de haber fracasado en su propósito. Quienes están preparados en la discusión política y la poesía pueden fácilmente emprender el elogio de las hazañas pues, “en efecto, el ejercicio de la oratoria y la costumbre de las declamaciones les permite, con razón, mostrarse confiados” (Juliano, 2002: I, 11).

De modo que, quienes han menospreciado a la oratoria han soslayado un género diferente de educación y composición de discursos. Los oradores sacan partido de su arte al “disertar de manera elevada acerca de asuntos pequeños y al rebajar la importancia de los hechos” mediante el uso de palabra. “Y yo, si me hubiera visto a mí mismo en el presente momento en la necesidad de tal arte, hubiera callado, como corresponde a los inexpertos en tales discursos, traspasando la exposición de tus elogios a aquellos de los que acabo de hablar” (Juliano, 2002: 12). Sin embargo, como el presente discurso reclama todo lo contrario, una simple exposición de los hechos no necesita de ningún adorno extraño. Juliano, por consiguiente, cree que es posible realizarlo, aunque exponer en forma digna las hazañas del emperador, ha sido una tarea inabordable para sus predecesores.

Juliano también se pregunta acerca de cuál es el comienzo y el orden más adecuado en un discurso. Se responde, que el comienzo debe ser la virtud de los antepasados del emperador, porque con ella ha sido posible que sea quien es. A continuación va la crianza y la educación que lo han conducido a su “presente virtud”, y después, como señales de las virtudes de su alma, se deben relatar sus hazañas (Juliano, 2002: I, 15). Se pone fin al discurso mostrando los dones del emperador, gracias a los cuales pensó y realizó sus más bellas acciones. De esta manera, Juliano explica que su discurso será diferente de todos los demás conocidos, pues, más bien, ellos se detienen sobre las hazañas por creer que es suficiente recordarlas para lograr un elogio perfecto. Juliano cree que es necesario dedicar la mayor parte del discurso a las virtudes, gracias a las cuales un

gobernante ha llegado a un alto grado de éxito. Una vez definido lo precedente con claridad, Juliano comenzó el discurso dedicado a Constancio.

La preparación de un discurso reclama el dominio teórico y práctico de la retórica, toda vez que ese dominio especializa al *rétor* en su campo del saber. En Grecia y en Roma las grandes ceremonias daban por hecho que, al hacerse uso de la palabra, la voz procedería de un *rétor* de reconocido prestigio, como Temistio, o personas allegadas al emperador Juliano.

Dentro de la propaganda hay un aspecto muy relevante que destaca Harold Lasswell, quien explica que hay modalidades de ella en las que las convicciones personales del propagandista son importantes. Tal es el caso de las actividades proselitistas de los misioneros, así como la propaganda explayada por los movimientos revolucionarios (Lasswell, 1974: 383). Deben agregarse los panegiristas, quienes realizan su oficio con base en convicciones personales fuertemente arraigadas, sobre el valor público de sus palabras. Todos ellos difieren de la propaganda moderna que se realiza bajo la dirección de personas que no tienen convicción alguna sobre los deseos de los clientes.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles (2010). *Retórica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Brown, Peter (1992). *Power and Persuasion in Late Antiquity*. Madison, Wis.: The University of Wisconsin Press.
- Delatte, Louis (1942). *Les Traités de la Royauté d'Épiphane, Diotégène et Stbénidas*. Paris: Librairie E. Droz.
- Dión de Prusa (1988). "De la Realeza". *Discursos*. Madrid: Editorial Gredos (circa 100 D.C.). (Traducción, introducción y notas de Gaspar Morocho Gallo).
- González Gálvez, Ángel (2001). *Introducción*. Libanio (2001a). "Al Emperador Juliano Cónsul". *Discursos*. Madrid: Editorial Gredos. Tomo III.
- Gramsci, Antonio (1967). *La formación de los intelectuales*. México: Editorial Grijalbo.
- Hidalgo de la Vega, María José (1995). *El intelectual, la realeza y el poder político en el Imperio romano*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Isócrates (1979a). *Panegírico*. *Discursos*. Madrid: Editorial Gredos (c. 380 A.C.). Tomo I.
- _____. (1979b). *Evágoras*. *Discursos*. Madrid: Editorial Gredos (c. 370, 365, 362 A.C.). Tomo I.

- _____. (1979c). "Elogio del Emperador Constancio". *Discursos*. Madrid: Editorial Gredos. Tomo I, pp. 11-67.
- Jones, Christopher (1997). "Themistius and the Speech of King". *Classical Philology*. Vol. 92, núm 2, pp. 149-152.
- Juliano (2002). "Elogio del Emperador Constancio". *Discursos*. Madrid: Biblioteca Básica Gredos. Tomo I, pp. 11-67.
- Lasswell, Harold (1936). *Politics: Who Gets What, When and How*. McGraw-Hill.
- Libanio (2001c). "Discurso de bienvenida a Juliano". *Discursos*. Madrid: Editorial Gredos. Tomo III, pp. 105-128.
- Lucas de Dios, José María (2002). *Introducción. Esquines. Discursos, testimonios y cartas*. Madrid: Editorial Gredos.
- Majone, Giandomenico (1989). *Evidence, Argument and Persuasion in Policy Analysis*. New Haven: Yale University Press.
- Menandro El Rétor (1996). *Dos tratados de retórica epidíctica*. Madrid: Editorial Gredos (c. 285 D.C.). (Introducción de Fernando Gascó).
- Meynaud, Jean (1964). *La Technocratie: Mithe ou Réalité?*. Paris: Payot.
- _____. (1968). *La tecnocracia: mito o realidad*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Moreno Resano, Esteban (2013). "El elogio del Emperador Constantino en la literatura cristiana de su época". *Anuario de historia de la iglesia*. Vol. 22, pp. 83-109.
- Ritoré Ponce, Joaquín (2000). "Introducción general". *Temistio, discursos políticos*. Madrid: Editorial Gredos. (Introducción, traducción y notas de Joaquín Ritoré Ponce).
- Sinesio de Cirene (1993). "Al Emperador" o "Sobre la Realeza". *Himnos y tratados*. Madrid: Editorial Gredos (c. 285 D.C.). (Introducción, traducción y notas de Francisco Antonio García Romero).
- Temistio (2000). "Constancio" o "Sobre la Humanidad". *Discursos políticos*. Madrid: Editorial Gredos. (Introducción, traducción y notas de Joaquín Ritoré Ponce).

Artículos

Los grandes problemas nacionales en el arranque del siglo XXI en México

Lorenzo Meyer Cosío

La soledad de la democracia en la América Latina contemporánea

Marcelo Cavarozzi

Desarrollo económico, humano y seguridad en México. Periodo 2000-2006

Adrián Sergio Gimete-Welsb H

Los panegiristas: influencia y persuasión en la Roma imperial

Omar Guerrero

Recursos institucionales e individuales en las trayectorias de vida y la movilidad social de los hombres de la Ciudad de México

Juan Enrique Huerta Wong

La iniciativa popular como vía para fortalecer la legitimidad del constitucionalismo social en México

Rafael Sánchez Vázquez

Impactos de políticas públicas en México. El caso de Procampo y Oportunidades en la producción de maíz, 2010

Pablo S. Corte Cruz y Mario M. Carrillo Huerta

Documentos

Coloquio ICGDE sobre las relaciones México-Estados Unidos en la coyuntura actual

Cuerpo de Investigadoras e Investigadores del ICGDE

El narcotráfico en México. Una escalada de violencia anómica

Peter Waldmann



BUAP

Instituto de Ciencias de Gobierno
y Desarrollo Estratégico